

Capítulo I

ANÍBAL ROSANEGRA

Un inglés dijo que los bravos, a diferencia de los cobardes, solo morimos una vez.

He oído silbar las balas cerca de mi oreja; he sentido el calor de las llamas envolviendo mi cuerpo y el frío del acero segando mis venas; he visto agonizar en la batalla a hombres tronchados y con las tripas fuera, implorando a sus madres un último cariño; he sido cegado por el fuego de San Telmo cuando trocaba centinelas por pavesas; he olido las carnes putrefactas de los marinos desgarradas por dientes impíos; he quitado vidas y he perdido plazas; he perdonado vidas y he ganado batallas; pero nunca, jamás, he sentido miedo.

Sórdido es el Cielo y cruel un Dios que me permite vivir arrastrando la insufrible cruz de haber enterrado mujer e hijo; maldigo la sangre del ser, más demonio que hombre, llamado Gargantúa, al que tanto me costó dar muerte. La historia no me recordará con romances y sonetos por haber ensanchado Castilla o por haber defendido la única fe verdadera, aquella misma de la que ahora reniego, incapaz de comprender sus oscuros caprichos. Espero con anhelo la llamada de una Parca que

nunca se acuerda de mí; si bien juro a vuestras mercedes que poco me preocupa ya, pues atempera el dolor de mi alma la suerte de aquellos a los que en mi camino he podido auxiliar. Aquí y ahora, en el momento de consignar mi vida, solo espero que quienes quiera Dios que la leyeren, sintieren los latidos de mi corazón, que siempre impulsó mi espíritu. Me llamo Aníbal Rosanegra y esta es mi historia. La historia de un guardés del tabaco.

Contaba mi madre que allá por el año 1700 de Nuestro Señor Jesucristo subía por la cuesta de Tentenecio tras haber lavado la ropa en las crudas aguas de un invernial Tormes cuando un fuerte dolor de barriga le sobrevino, haciéndole tirar el cesto con la ropa. Miró al suelo y vio el charco que empezaba a formar la gran catarata de humor transparente que manaba de entre sus piernas. La pobre ya sabía lo que pasaba: había roto aguas, pero ninguna matrona le había explicado cómo era eso de parir. Mareada por el dolor se sentó en uno de los hitos que delimitaban el barrizal de la calle, donde los mendigos del otro lado del río solían posarse para pedir una limosna que les saciase el boque. Alzó la vista e invocó a San Juan de Sahagún, implorándole que por las piedras de la cuesta cuyo nombre tenía se detuviera el necio que ya asomaba entre sus piernas. Sahagún no debía de estar aquel día por allí, pero sí mi padre: Cristóbal Rosanegra, quien al oír las quejas de mi madre acudió al instante en su ayuda.

Ahora, a mis años, nada importa que diga esto, pues poco aquella a la que llaman Inquisición y que nada tiene de santa podrá hacerme para expiar mis maledicencias. Sabe Dios que si no hubiera sido tan impaciente en mi alumbramiento bien podría, al igual que el Salvador, haber nacido en la cuadra de nuestra casa. Por lo visto, ya desde nacencia, la calma nunca ha sido una de mis virtudes. Mi madre, cuando yo ya albergaba algo de razón, me recor-

daba entre risa y llanto las palabras de mi padre al llegar y verla conmigo, al pie de Tentenecio, cogido en brazos:

—¡Más parece que nuestro hijo fuera fruto de animales del campo que de personas, pues ha sido alumbrado con la misma rapidez que la yegua pare al potrillo; no sea que en el tiempo que tarda en arrojarlo al mundo vengan los lobos a comérselos a ambos!

Por lo visto el parlamento de mi padre halló éxito en las orejas de mi madre, quien no pudo parar de reír. Ella, que era una mujer alegre y risueña que gustaba de ir a los corrales de comedias, me puso por nombre Aníbal. Se justificó porque fui alumbrado cerca de la puerta de Aníbal y que si no me llamó Hércules fue porque no le gustaba, ni tampoco Río porque no me lucía. Mi pobre madre había oído que por donde me parió había pasado en los tiempos de los romanos un fulano llamado Aníbal y que este tenía más criadillas que un toro bravo; siendo pues la osadía del legendario *romano* la virtud que mi madre quería infundirme. No obstante, yo sé la verdadera razón: lo que realmente determinó la nominación fue la ocurrencia de mi padre, y la rítmica cadencia entre «animal» y «Aníbal». Por un motivo u otro, con «Aníbal» me quedé, siendo Rosanegra mi segundo nombre —gracias a mi señor padre— y Alonso el tercero —gracias a mi señora madre—, siendo bautizado al día siguiente de mi venida a este mundo como Inocencio, al negarse en redondo el cura a cristianarme con el nombre de un pagano, por muy gallardo y arrojado que hubiese sido.

Todos los hombres tienen madre, pero yo, como muchos otros, crecí sin padre. Por lo visto unos ingleses malnacidos, que no debían de tener ni madre ni padre, acabaron en Rande con la vida del mío; recayendo mi crianza en exclusiva sobre los hombros de aquella santa mujer.

Crianza que le pasó cuenta. El haber perdido al dueño de su amor le apagó la lumbre de los ojos: tiñó de negro sus ropajes y cerró su boca a la sonrisa y la chanza. Sin el sustento que nos propiciaba mi padre, ella tuvo que trabajar por dos para sacarme adelante, y el trabajo no era fácil. Antes de que despuntara el sol ya estaba bregando con los cestos de mimbre repletos de ropa sucia que los bachilleres de la universidad le encargaban lavar por tres o cuatro miserables carlines. Ya fuera invierno o verano, tuviera que tirar piedras al agua para romper la capa de hielo formada en el Tormes, se le llastasen las manos por el roce con la piedra o los rabiosos mosquitos del verano le comiesen la cara, ella bajaba sin descanso y sin queja a coger el mejor sitio donde lavar. Acabada esta primera labor, a eso de media mañana, tocaba ir a pedir a los portales de las neverías: esparto en las rodillas, cabeza baja, manos extendidas y bien abiertas y a rezar por Dios y la Virgen para que los transeúntes tuviesen alegre la zaina.

Pegado a mi madre y mendigando con cara de pena, pues era la única que yo conocía, pasaba la mañana entre los puestos del mercado: de peces de río aún vivos pero demasiado caros para nosotros o salazones de precio más misericorde, pero malsanas, rancias o llenas de moscas en el mejor de los casos; puestos de pan: molletes de flor tiernos para los pudientes y bollos duros como piedras para los menos desahogados de bolsillo; puestos de aceites entremezclados con las recovas siempre alborotadas y llenas de plumas y roña. En un lugar privilegiado, cerca del muro norte de la iglesia de San Martín, lindando con el cementerio, los puestos de los lenceros, ostentando su surtido de finos paños, vedados a los mortales.

Pero era sin duda el rollo de justicia o picota, situado entre la zona de los puestos de venta y la parte dedicada a los espectáculos placeros, el lugar que más miradas y

comidillas atraía. En esta pequeña isla de silencio entre la batahola del mercado se alzaba un temible e imponente cadalso de maderas mugrientas y carcomidas por el paso de los años y la sangre de los que allí se ajusticiaban. Constaba de dos parcelas: una consagrada a que los ahorcados impartiesen con las piernas la bendición a todos los presentes y otra donde estaba el tajo para las decapitaciones con alabarda.

Desde pequeño crecí viendo esta picota ante la que lugareños y extraños se apelotonaban para presenciar las ejecuciones del día como quien ve una corrida de toros: jaleando y alborotando ante una buena faena; espectáculo este que se me antojaba a la par horrendo y macabro, pero no por la dudosa justicia allí impartida sino por la algarabía de las gentes pidiendo carnaza: gritos y abucheos para los ladrones y maldiciones para los asesinos. Algunos de los reos eran verdaderamente culpables, pero pisaron el cadalso muchos más inocentes, no en vano escrito está que el único granuja que acaba mal es «el que no tiene qué dar a los escribanos, procuradores y jueces». Inocentes o culpables, todos acababan vaciando los vientres: los gomarreros en la tosca sogá y los que tenían más nobleza en su sangre que en sus acciones, pasando su fino y exquisito gañote por el filo de la alabarda. Luego, para más regodeo del vulgo y escarnio de malhechores, las cabezas cercenadas eran expuestas en la picota hasta que las moscas ya no dejaban ver la cara de la víctima.

—No las mires fijamente o te robarán el alma; míralas «de respabilón», como quien ha visto pasar un ángel y sábetete que si hurtas o matas, tarde o temprano será tu cabeza a la que escupan —me dijo mi madre un día que me quedé embobado mirando las cuencas roídas de la cabeza de un infeliz empalada en un asta. Recuerdo

que sus sencillas palabras removieron lo más profundo de mi alma, haciendo nunca desear para mí tan ingrato final. Por fortuna mi madre no gustaba de acudir al desagradable pasatiempo de la justicia terrena; otros padres llevaban a su prole a tan instructivo recreo y terminaban la lección con un fuerte guantazo y la moraleja: «toma, para que te acuerdes».

A primera hora de la tarde, con los escasos oros tan duramente recaudados, acudíamos a hambrear las sobras a los distintos puestos, porque el dinero del pobre va dos veces a la plaza:

—Mire usted que no tengo más en la talega, que el zagal me lleva un mes sin catar la carne; mírele la dentada —decía subiéndome el labio—. Mire qué encías: más blancas y serán leche. Busque entre los despojos, que alguna pieza pasada que nadie quiera seguro que tiene; no tenga dolor por si lleva gusanos, que igualmente son hijos de Dios y bien guisados llenan la panza —suplicaba mi señora madre a los carniceros.

Si los matarifes se habían levantado con la almorra contenta, si aquel día un macho no les había pateado los compañeros y de entre los despojos sobraba algo que ni los perros querían, aquel día se yantaba carne en mi casa. Cuando esto no sucedía, bien acompañaba a las gachas y callaba el rumor de las tripas alguna rata del río, siendo dichosa la jornada en la que el lazo apresaba liebre en vez de rata. Para golosinar: cerezas picadas, naranjas machacadas, uvas podridas o cualquier otra cosa que de los carros de los mercaderes no se aprovechara o de los huertos ajenos no se cogiera. Por calcos y medias, los pies desnudos; por camisa, basto lienzo bien cortado por las manos callosas de mi madre; por calzón, la arpillera de unos sacos; por entretenimiento, dos piedras y todo el campo que pudiera correr. Sobrevivíamos a plagas y

pestes, a la ocupación de Salamanca por herejes extranjeros a causa de una guerra que no entendíamos pero sí padecíamos y a inviernos infames como el de 1708. Esa era nuestra vida, una vida paupérrima y miserable, una vida indigna hasta para los perros, pero al fin y al cabo: una vida.

Tras comer —si se comía—, la faena se extendía con la limpieza de algunas viviendas de acomodados, pudientes e hidalgos, que de estos últimos en Salamanca teníamos un batallón. Una de ellas era la del librero y accidental Procurador del Común Pedro de Torres, con el que compartía vida su fecunda esposa, Manuela de Villarroel, que alumbró quince hijos de los cuales solo vivieron lo suficiente tres, llegando a ser uno de ellos una eminencia de universal nombradía y un hermano más que un amigo. Murió hace poco y he de confesar cuánto lo echo de menos; el día que nos dejó, Salamanca perdió a uno de sus hijos más esclarecidos. Por aquel entonces él contaba unas diecisiete primaveras. Su nombre quizás les suene: Don Diego de Torres Villarroel.

Nunca olvidaré la primera vez que lo vi: acompañaba yo a mi madre mientras ella cumplía sus quehaceres en la vivienda del librero. En un momento en que bajó la guardia, me escapé y comencé a fisgar por aquella fascinante residencia que por suelo tenía terrazo en vez de tierra; por telarañas, estantes repletos de libros y por cubierta, tejas en vez de paja. La casa del librero se me antojó el palacio de ese del que tanto hablaban en los corrillos: «El Animoso», que no era otro que Su Católica Majestad Felipe V, rey de esta y de todas las Españas.

Estaba yo observando maravillado y atónito aquellas baldas de madera carcomida y sobre ellas las hileras sin fin de libros gruesos y finos; altos y bajos; vestidos de pergamino o de cuero y oro. Excitado por la curiosidad,

tomé una banqueta cercana usada para descansar las piernas y me encaramé sobre ella, pero una pata traicionera decidió cojear cuando yo más engaviado sobre los tomos me encontraba. Pasó lo que tenía que pasar: perdí el equilibrio, viniéndome al suelo de costillas con toda la biblioteca encima. Los libros, pesados como piedras, me lapidaron. El estruendo y mi infantil llanto alertaron al bachiller de la casa, el señorito Villarroel, que estaba en el patio diseccionando una rana bajo el sol y que apareció con la lengua fuera:

—¿Qué ha pasado, qué ha pasado? —gritaba él, removiéndome aún más la polvareda que había llenado el aire de la biblioteca. Cuando se disipó, permitiendo ver mejor, apartó los libros que me cubrían y tomándome por las islillas me sacó del cautiverio—. ¡El cuarto de un estrellero más parece cuartel de brujas y agoreros que habitación de cristianos, pero esto es en demasía! ¿Qué has visto en mis estudios que tu curiosidad ha despertado? —dijo con una cálida sonrisa, a la vez que tomaba de mi mano el libro al que durante mi caída me había aferrado—. ¡Hola! Pues va a ser que el pollino tiene buen gusto para las letras, pues de entre todos no ha cogido sino mi ejemplar predilecto de Don Pedro Calderón de la Barca. ¿Quieres saber qué se contaba el padre Calderón?

Yo apenas parpadeaba; estaba confundido, pues el señorito Villarroel no la había emprendido a tortas con mi facha y, en cambio, empezó a leerme un armonioso texto del que más o menos recuerdo:

*Ruiseñor que volando vas
cantando finezas, cantando favores,
¡oh, cuánta pena y envidia me das!
Pero no, que si hoy cantas amores,
tú tendrás celos y tú llorarás.*

*¡Qué alegre y desvanecido
cantas, dulce ruiseñor,
las venturas de tu amor
olvidado de tu olvido!*

Mi madre, que había venido con la mano en orden de batalla y dispuesta a cascarme las liendres, al ver que el señorito Villarroel no solo no se había disgustado por mi trastada sino que me recitaba con paciencia y buena voz los versos calderonianos, se apoyó en el marco de la puerta para no interrumpirle la lectura y arrancó a llorar una vez acabada esta.

—¿Qué le acontece? ¿Acaso tan mala voz tengo que la hago llorar? —apuntó jocoso Villarroel.

Mi madre se enjugó las lágrimas con el mandil y me miró. Acto seguido, el señorito también me dirigió una silenciosa mirada.

—Caigo ahora... —dijo asintiendo con la cabeza—, pequeño... —dejó en suspenso, tratando de recordar mi nombre.

—Aníbal, como el de los romanos —se apresuró a decir mi madre.

—Aníbal... Admirable nombre, era un guerrero muy valiente. ¿Sabes que estuvo en estas tierras? —dijo tocándome el hombro—. Aníbal, ¿puedes irte fuera? Quiero hablar con tu madre.

Nacemos con algunas lecciones ya aprendidas. A pesar de mi edad yo ya sabía que mi presencia allí estaba de más. Aparté algunos libros para abrirme camino, me sacudí el polvo, miré a mi madre y pasé a su lado mirando al suelo con vergüenza esperando que su áspera mano me acariciara el cogote con un buen manotazo; en su lugar sus dedos atusaron suavemente los cabellos de mi

testuz. Salí a la calle y, sentado en el poyo que había junto a la entrada, agucé el oído todo lo que pude, tratando de captar qué se murmuraba en aquella casa.

Mi señora madre lloraba, y su llanto me heló el alma. No era la primera vez que la oía llorar, pero sí la primera que la oía hacerlo de aquella manera. Por las noches, cuando ella pensaba que yo ya estaba difunto, se metía en su cama y lloraba y lloraba, anhelando entre susurros los abrazos que el que reposaba en Rande ya no le podía dar. Pero como digo, este llanto era distinto: era más profundo, más sobrecogedor; entonces no lo entendía, pero años después comprendí que aquel llanto venía por la angustia de querer y no poder darle una educación a su hijo. Yo me limitaba a cuchichear para mis adentros: «Bueno, ¿qué más da que no pueda estudiar? Total, si más pequeños son los pájaros y no necesitan leer para cazar —iluso de mí—. Además, con mis amigos de la calle ya aprendo mucho, y bueno.» Rematé el pueril pensamiento. Y era cierto, con la compañía de Fausto, Quijón y su hermano Marco buenas lecciones que aprendía: cómo alzar una herrada de vino sin que el bufiador se diera cuenta, cómo aspirar por las ñefas pellizcos de tabaco sin estornudar o cómo frotarme la pasión del cuerpo hasta sentir escalofríos de gustico por la nuca.

Pero por lo visto, nada de eso que yo aprendía se consideraba cultura. El joven Villarroel, al ver a mi madre tan angustiada por mi futuro, le ofreció un trato: yo le llevaría todos los días media pinta de vino y a cambio él me enseñaría lo que llamaba: «las tres reglas». Por aquel entonces el señorito Villarroel acababa de conseguir una beca en el Colegio Trilingüe o, como él lo llamaba: «el colegio del cuerno». Yo pensaba que se trataría de una escuela de tauromaquia o algo así, pero pronto supe que tal colegio no era sino una cuadrilla de doce gansos jan-

galandones de su misma edad, así que compaginar estudio y docencia no le supondría grandes fatigas. Como no podía ser menos, mi madre aceptó el arreglo y así me ilustré bajo la tutoría del que, como ya les he dicho, fue tanto mi maestro como mi amigo y mi hermano.

Mi rutina con Villarroel giraba sobre «las tres reglas» como la Tierra alrededor del Sol; dato que tanto esfuerzo le costó introducir en mi chirumen. Los lunes: matemática. En este punto les digo a vuestras mercedes que no le tengan miedo, y que si no la conocen hagan por conocerla. Esta ciencia, aunque un poco enrevesada, les ayudará a ser hombres de mejor provecho y difícil engaño; con ella dominada podrán reírse en la cara del conchudo mercader que aprovechándose de la ignorancia del cliente trata de colar los cuartos de libra como libras enteras. Y eso si hablamos de lo cotidiano, porque si aprovechamos la matemática en ámbito militar, sus posibilidades se tornan casi infinitas: calcular el ángulo óptimo para disparar una serpentina de media libra y atinar con el plomo a un blanco a cien varas; saber que uno no se puede enfrentar con éxito a alguien que tenga una herrada de medio palmo más de largo que la nuestra, o que si el agua inunda tres octavas partes de un galeón más vale santiguarse y abandonar el navío.

Los miércoles: gramática. El joven Villarroel me decía que si los números me ayudaban a alimentar la panza, las letras me alimentarían el buen juicio. Y voto a Dios que así es; porque como dijo nuestro insigne manco complutense: «El que lee mucho y viaja mucho sabe mucho y ve mucho» o, como decía mi charro maestro: «Los libros gordos, los magros, los chicos y los grandes son las alhajas que entretienen y sirven en el comercio de los hombres. El que los cree, vive dichoso y entretenido; el que los trata mucho, está muy cerca de ser loco; el que no los

usa, es del todo necio. Todos están hechos por hombres y precisamente han de ser defectuosos y oscuros como el hombre. Unos los hacen por vanidad, otros por codicia, otros por la solicitud de los aplausos, y es rarísimo el que para el bien público se escribe.»

Cuánta lástima siento por aquellos que no han podido acercarse a las letras. Ignorantes, sabed que en nuestras Españas cada vez se ve mejor que los hombres sean leídos e instruidos; que el analfabetismo no es motivo de orgullo, sino de vergüenza; que no le falta virilidad al que lee ni coraje al que se cultiva; que no por leer a Quevedo, Góngora o Cervantes se os van a caer los pericatos al suelo. Al contrario, los años me han enseñado que aquellos que nos manejan bien procuran saber un punto más que el mismísimo demonio y que si no están muriendo en las trincheras no es por falta de arrestos sino por sobrante de seseras. Ahí queda eso y quien quiera entender, que lea.

Por último, los viernes tocaba aprender lo concerniente a los preceptos de la Ley de Dios. Mi joven profesor gustaba, tras alimentar la razón, de alimentar también la espiritualidad. Si bien él era de dos misas diarias, a mí me recomendaba, dadas mis mañas, que me acercase más a Cristo hincando una matapecados en las entrañas de los infieles. Afirmaba que no todos teníamos que ser llamados a la santidad por el camino de las rodillas tan alentado por la curia; que Dios es sabio: que a unos los llama con los tambores del frente y a otros con los órganos del coro; y que solo cuando tuviera el raciocinio que da la edad, determinara cuál era el instrumento que había oído con mis propias orejas. De todas formas, como buen Cristiano que se preciara, el *Paternóster*, el *Credo* y las Avemarías sabidas de corrido, rosarios y jacula-

torias para completar y riguroso respeto a las cuaresmas, ayunos y abstinencias.

Al poco tiempo ya era más vivo y rápido de pensamiento que la mayoría de los que corrían conmigo entre los puestos del mercado, felices y desenvueltos, pero totalmente ignorantes de los designios divinos. Y si bien no fue el Señor, ni tan siquiera un ángel, el que se presentó en nuestra casa como un ladrón en aquella noche ociosa de verano, sí fueron los nudillos del destino o de la providencia, quienes golpearon la puerta de la cuadra.

—¡Aníbal! —gritó mi madre desde el sobrado para que atendiese la llamada.

—¡Voy!

Presuroso acudí a la orden de mi madre y corrí el madero que hacía las veces de pasador, estremeciéndome al ver al hombre que al otro lado esperaba ser atendido. A pesar de jactarme de tener un ojo digno de cubero para medir las alturas, no sabría precisar si allí habría dos o más varas de hombre: sus ropajes estaban terrosos, grasientos, llenos de polvo y con tantos piojos como pelos. La manta que le cubría los hombros y que él utilizaba como herreruelo tenía más rotos y descosidos que puntadas de lana. Los calcos de los pies eran unos amasijos desgastados de cuero y trapos atados para evitar que las suelas se separasen al caminar. Varios dedos de carne negra y garras amarillas le asomaban por los rotos pero sin duda fue su olor, un olor rancio, nauseabundo y penetrante lo que más me marcó de su apariencia. Toda esa podredumbre me recordó a las mierdas que sueltan los marranos cuando son sacrificados. Pensaba que nunca conocería a alguien que vistiera peor que yo, sin duda me equivocaba.

En un primer momento no pude verle bien la cara; la luz de la luna llena le pegaba en el cogote, oscureciendo

con un velo negro su rostro. Aquella aparición de huesudos miembros, que le asemejaban más a un árbol que a un hombre, al verme estupefacto se agachó con curiosidad dejando que la tenue luz del candil del interior le iluminase la cara, o lo que quedaba de ella: labrada por cruces y cicatrices, picados de viruela y tachonados de espada y mosquete; el lado izquierdo de su mandíbula estaba hundido de un trabucazo; los pabellones de las orejas se dibujaban carcomidos, como si hubieran sido mordisqueados por las ratas; la piel, tostada y sucia, brillaba como el aceite; una gran cicatriz circundaba su frente y apenas un penacho de pelo blanco y ralo le cubría la coronilla; sus ojos, o mejor dicho, lo que quedaba de ellos en las oquedades de su cara, eran dos despojos negros y sin vida que se ocultaban tras unos párpados mortecinos y sin pestañas; el tabique de las sonaderas estaba torcido a la derecha y estas, serpenteadas por finas venillas moradas, emitían un silbido suave en cada inspiración; debajo de sus canales un gran mostacho espeso y descuidado, blanco como la nieve en los extremos y amarillento por el tabaco en el medio.

—¿Quién es? —preguntó preocupada mi madre, apareciendo por la puerta trasera del pajar.

—Felisa, ¿eres tú? —dijo el hombre-árbol con voz ronca, seca y cavernosa mientras giraba una de sus roídas orejas hacia donde estaba mi madre.

—Pensaba que estabas muerto —replicó adusta mi madre mientras se arrebujaba en su negra agüela para cubrirse del frescor veraniego que entraba por la puerta.

—Siento desilusionarte —respondió él, cabizbajo—. ¿Me invitas a pasar... o prefieres que duerma al raso? —añadió con pena.

Mi madre resopló y maldijo su alma y la de sus ascendientes.

—Pasa, que entre cristianos no está bien visto que los cabritos mueran en la calle.

El hombre volvió a mirarme, buscando con lo que le quedaba del ojo derecho mi figura.

—¿Eres tú el Aníbal, el hijo del Rosanegra? —me sonrió, dejando ver una boca oscura de la que manaba un crudo hedor a muerte.

—Así es —dije tragando saliva.

—Qué alto estás, sin duda te pareces a él. Mi gracia es José Antonio Guzmán Santalla para clérigos, justicias y autoridades y simplemente Guzmán para los demás ¿cuántos años tienes? —preguntó acercándose y permitiéndome ver mejor su boca, vacía de dientes, donde solo dos molares pequeños y amarillentos resaltaban.

—Suficientes, señor —respondí desviando la mirada hacia mi madre, intimidado por la presencia de Guzmán.

—Es listo... —comentó superando el umbral de la puerta mientras arrastraba una pierna. En su espalda portaba un gran cesto de mimbre sin palos que hicieran de esqueleto, por lo que colgaba de su cuerpo sujeto por dos maromas que le cruzaban desde los hombros a los sobacos; con dificultad y sin que mi madre le quitase ojo se desató las cuerdas dejando caer el pesado cesto sobre una pila de paja llena de arañas que salieron corriendo bajo la presión de su peso. Entre la espalda y el cesto llevaba un poncho doblado hecho con una vieja manta sayaguesa, recia y espartana, urdida con lana apenas cardada, que le servía para acomodar la carga a su espalda. Por los pliegues parecía que rara era la vez que ese cesto no estaba a su grupa y no me equivocaba.

—¿Dónde vas? —dijo mi madre estirando el brazo, frenando en seco su cojeante avance.

—Has dicho que podía pasar... —balbuceó confundido.

—He dicho que no está bien que los hijos de Dios mueran en la calle, no que las bestias puedan entrar en la casa. Esta es la cuadra, supongo que sabrás cuál es tu lugar —sentenció arisca—. Tú —dijo llamando mi atención—, trae medio vaso de zupia y ni una gota más, que es cara.

—Gracias —rumió el hombre, mojándose los labios con la lengua.

—¿Qué te trae por aquí? —le escuché decir a mi madre mientras servía el vino.

—Me trae... una promesa a un muerto.

—¿Y qué promesa es esa de la que hablas, algún dinero quizás? Porque de esto último no vamos sobrados —le apremió ella con hosquedad.

En ese preciso momento fue cuando yo aparecí por la puerta llevando en mis manos aquella desgracia de vino. Guzmán olfateó el aire y se quedó mirándome, extendió los brazos y juntó las manos.

—El vino lo huelo a cinco leguas y algo veo a cinco varas, pero de cerca poco o nada. Acércame el vino, rapaz, no tengas miedo; aunque parezca perro fiero no muerdo, que mis marcas no son de lepra sino de plomo —señaló con un punto de ansia en sus palabras.

Miré a mi madre buscando su aprobación, ella asintió con la cabeza y cuidadosamente le acerqué el vaso de vino a Guzmán. Al ponérselo en las manos sentí el calor que desprendían; era un calor suave y agradable que, al menos a mí en ese momento me reconfortó. El hombre tomó el vaso y bebió el vino con afán, daba la impresión de que era lo primero sustancioso que bebía en muchos días. Apenas un par de gotas se desperdiciaron empapando sus bigotes, pero no tardó en encontrarlas con la lengua.

—¡Di! ¿De qué promesa hablabas antes? Que te has pimplado mi vino y esta no es casa de beneficencia, que

pasamos la misma hambre que los tullidos —exigió mi madre, impaciente y dura a partes iguales.

—Sí... la promesa... —El señor Guzmán hizo un hueco en la paja del suelo con la mano, en él posó el vaso vacío, se estiró emitiendo un gruñido de dolor al sentir sus huesos y tomó el gran cesto de mimbre que le acompañaba, lo abrió y sacó un bulto largo y fino envuelto en harapos sucios. Con paciencia y cierto respeto, como si estuviera siguiendo un ritual que practicase a diario, fue desatando los nudos de los trapos. Aflojado el último, el hombre me lanzó un ojo y de un hábil movimiento desenvainó la espada que bajo esos trapos se escondía.

—Muchacho, te presento a su señoría Longina, juez y verdugo de almas de hombres; es la espada de tu padre; me pidió que la tuvieses tú —dijo, ofreciéndomela de sus manos, al tiempo que me hacía una reverencia.

No era la primera vez que veía una espada; desde niño ya tenía acostumbrado el ojo a ver a hidalgos, hurgoneros, señoritos, envaramientos y zapateros portando más hierro encima que las rejas de la caponera de Sevilla; pero aquella espada desprendía un halo extraordinario: su filo era brillante, sin mácula, puro e infinito; un filo tan espejado que parecía emitir más luz que el candil que nos alumbraba. Mis ojos se reflejaban en su superficie abiertos de par en par. El guardamano, también de acero, simulaba con sus gabilanes una filigrana que imitaba los enredos de los rosales, muy en consonancia con nuestro apellido; el puño era un grueso hilo de bronce terminado en un contundente pomo de acero macizo. Inconscientemente, como zagal iletrado en armas que era, fui a coger la espada por el filo. Longina me hizo un fino corte apenas perceptible, pero suficiente para que una gota de mi sangre recorriera vivaracha su impecable acero.

—Tienes que tener cuidado, como ya te he dicho su filo puede segar almas. Ahora ha catado tu sangre —sonrió Guzmán—, ya le perteneces y ella se debe a ti —completó, limpiándole la sangre con un jirón y volviéndola a envainar.

—¿Has esperado tantos años para traer a mi hijo la maldita espada de su difunto padre? —saltó mi madre iracunda—. ¿Para esto vienes? ¿Tienes vergüenza o también te la dejaste en Rande? —gritó enseñando los dientes.

—Felisa, han pasado cosas... no pude venir antes... —se lamentaba mientras una lágrima se dejaba caer por su mejilla—. Por favor, déjame que te lo cuente... —dijo mirándose.

—¡No! Estoy harta, ningún cuento va devolverle la vida a mi marido. ¡Maldita sea la mañana que le dejé partir contigo! —lloraba iracunda—. ¡Maldita sea la hora negra en que nos embaucaste, hijo de piltrafa! —Mi madre, desesperada, se clavó las uñas en las mejillas tirando hacia abajo—. ¿Qué quieres, no tuviste suficiente con llevarte a mi marido y ahora pretendes llenarle la cabeza a su hijo de fantasías, de historias, de sueños y espadas? ¿Eres el demonio, el alma de mi marido te supo a poco y vienes a por más? No, no volveré a dejar que esto pase... No lo permitiré. Aníbal, coge ese viejo hierro oxidado y guárdalo arriba, algo nos darán por él. Y tú —se dirigió a Guzmán—, vete de esta santa casa y no vuelvas nunca o la próxima vez terminaré yo lo que no terminaron los ingleses —aulló besándose los dedos cruzados.

—¿Es tu última palabra? —le preguntó Guzmán apretando los labios.

—¡Lo es! Aníbal, entra en casa, el *señor* se va.

Sin comprender nada de lo que sucedía pero con la oreja escociéndome porque quería saber más de lo que

aquel gigante nos tenía que contar, tomé a Longina, la desfundé una pulgada para volver a verle el filo y la volví a enfundar, cubriéndola de nuevo con sus harapos. Antes de darme la vuelta le hice un gesto reverencial a Guzmán y salí rápido para esconderme dentro de casa, pero lo suficientemente cerca para poder oír algo. Me escondí donde dejaba mi madre las ollas —que casi nunca llenábamos de comida— me eché en el suelo y como una serpiente me acerqué reptando hasta el hueco de la puerta para oír mejor.

—Marcho a Sevilla, dicen que allí las limosnas a los tullidos son copiosas y yo soy buen gallofo —comentó Guzmán.

—Vete, y no vuelvas —decretó airada mi madre, dando un portazo.

La visita de aquel extraño hombre llamado Guzmán y que hablase de mi padre, tema de conversación evitado en mi casa, removió mis jóvenes entrañas. El oír nombrarle me humedecía los ojos haciendo que mi mente luchase con esfuerzo para tratar de recordar algo de él. Aunque no lo lograba, sí notaba cómo su corazón latía con fuerza en mi interior. La arrufaldada reacción de mi madre no hizo sino inflamar un poco más la curiosidad que tenía por saber algo de mi difunto padre; pero tampoco le di más importancia a las cagadas de bazos de aquella noche: de toda la vida de Dios el semblante de la que me dio la vida siempre llevaba ligado un aroma a gesto triste, a mirada perdida, a lamento ahogado y a dura reprimenda aunque no hubiera motivo.

Si nuestra vida ya era difícil: buscando comida entre los despojos, limpiando casas por migajas y pidiendo limosna en las esquinas de las iglesias, la situación se agravó cuando los señoritos bachilleres venidos de fuera dejaron de hospedarse en las casas de los particulares

para asentarse en los colegios mayores, más dignos de su posición. Desde que yo tenía memoria, un rincón de nuestra humilde casa dispuesto como aposento siempre había estado ocupado por algún estudiante. Ciertamente es que no daban mucho alpiste a la zaina porque traían más cogorzas y dolores de cabeza que monedas, pero la necesidad hacía que siempre fueran bienvenidos. Con su falta, nuestra situación empeoró, si cabe, aún más.

Dos días después de la visita del viejo Guzmán, un ruido dentro de la casa me sacó de mi sueño cuando ya llevaba un buen rato pegando la oreja. Del cuartucho de mi madre venían gemidos y lamentos apagados, pero esta vez no eran los típicos quejidos a los que me tenía acostumbrado y tampoco se oían sus rezos pidiendo por el alma de mi padre; en ese momento no sabría describirlos: parecían gemidos agónicos, mortecinos; los recuerdo como cuando oía expeler su último aliento a los ancianos que cuidaba mi madre en sus casas. Desde luego no era una tonada muy melodiosa para las orejas de un niño. Salí de mi piltra y con cuidado apoyé mis pies en el suelo de tierra, sintiendo el frescor húmedo que despedía. Con mucho cuidado de no armar alboroto o tropezar con algo fui acercándome, a tientas y en mitad de la oscuridad, al origen de aquellos extraños ruidos. La cortina que hacía las veces de puerta y pared estaba echada, pero unos suaves hilos de luz horizontal salían por los agujeros de la desgastada y roída tela. Me agaché y comencé a avanzar a cuatro patas, pensando que si los gatos así lo hacían sería por algo. Llegué a la cortina y moviendo desde abajo suavemente la tela metí un ojo.

Dentro estaba mi madre: echada en el catre boca arriba y con la falda arremangada hasta la cintura, quedando sus piernas separadas y desnudas. Entre estas y desvestido de cintura para abajo, estaba el rollizo carni-

cero que nos vendía los despojos que a él ni para dar de comer a los perros le servían. Su cara estaba abotagada, rubicunda y mucho más congestionada que de costumbre. Por la sien le caían gotas de sudor que mojaban el pecho de mi madre. El jifero se movía torpemente hacia adelante y hacia atrás emitiendo un gruñido cerdoso en cada embestida. Lo que estaba ocurriendo en la habitación de mi madre era fácil de entender para cualquiera de vuestras mercedes, pero no para los ojos de un joven mequetrefe que aún no había conocido hembra y al que, a diferencia de los jóvenes pudientes como nuestros príncipes y principales, su familia no podía costearle una guimarra para que se desfogase: mi pobre madre, preocupada por nuestro sustento, había decidido alquilar aquello donde las mujeres guardan la honra.

Como digo, en ese momento yo no comprendía lo que pasaba, pero algún farol invisible prendió una idea en mi cabeza: aquel hombre le estaba haciendo daño a mi madre... ¡a mi santa madre! Bisoño de mí. Sin titubear volví en silencio a mi cubil, levanté el saco de paja donde descansaba los huesos y tomé a Longina mientras mi cabeza bullía recordando las historias de valientes del padre Calderón. Mi madre me había dicho dos días antes que llevase la espada a empeñar a la judería de la Rúa y que si me daban tres pintas de vino por ella no dudase en aceptar el trueque. El precio que le puso mi madre al hierro se me había antojado escaso, más habiendo pertenecido a mi difunto padre y más aún habiendo Longina probado mi sangre. Desoyendo las órdenes maternas la escondí, diciéndole después que las tres pintas de vino habían sido adelantadas en pago al profesor Villarroel.

Envalentonado desnudé a Longina: parecía tener vida propia y que esta le pedía sangre, pues mi mano pareció fundirse con su empuñadura y me dio la impresión de

que la filosa quería saltar de la vaina. Incluso en la oscuridad de la noche su hoja tenía una aureola candente. La así con fuerza en mi diestra intentando remedar la postura de defensa que en los libros de espadachines tantas veces había leído. Me giré y anduve decidido hacia el cuarto de mi madre. De un manotazo descorrí la cortina y, gritando para insuflarme valor, lancé una estocada contra el cuerpo del carnicero: a lo bruto, sin apuntar, tirando al grueso. Longina mordió carne ¡y tanto que mordió carne! Con el acero en mi mano ensarté las nalgas del carnicero de lado a lado. Ahora el muy bellaco tendría cinco agujeros para jiñar. La bestia que cubría a mi madre, al sentir el hierro empalándolo, se revolvió agitando a Longina con su culo y haciendo que saliera disparada contra mi cara, mellándome un diente. Por un instante creí que aquello no era hombre sino animal, pues si antes bufaba en las embestidas ahora bramaba como un cerdo a manos del matarife.

—¡Me cago en Dios, hijo de badana! —gritaba el carnicero arrojándose, con el aparejo al aire y el culo ensartado, al suelo y rebuscando entre sus harapos la pistola que le acompañaba en sus acostumbradas guitonerías nocturnas. Cuando por fin la encontró, la amortilló, me apuntó y disparó. La pelota de plomo pasó rozándome la sien, de la que manó un hilo de sangre, y terminó alojándose en el cañizo de la pared, haciendo saltar polvo y astillas.

—¡Vete, Aníbal, que te mata, vete! —gritaba mi madre fuera de sí, espantándose con la mano. Recogí a Longina del suelo y salí corriendo de mi casa con lo puesto para tardar muchos años en volver. Por despedida no tuve ni una palabra amable, ni una mano que con cariño me acariciase en mi partida. Si hubiera sabido que esa sería la última vez que vería viva a mi madre, juro por la Santísima Trinidad que habrían tenido que

arrancarme las tripas y tirar de ellas para despegarme de allí. Pero lo hecho, hecho está. Corrí en la noche cerrada hasta dejar de oír a mis espaldas los gritos de mi madre y las blasfemias del matarife. Corrí todo lo que pude hasta que me dolieron los pies y mis piernas no pudieron más. Corrí hasta despuntar el alba. Corrí hasta que mi Salamanca ya no se veía a lo lejos. Corrí hasta que las torres de la catedral y la silueta de sus tejados eran ya un recuerdo escondido tras el horizonte. Cuando ya estaba extenuado de tanto correr, me acerqué a una encina, recuperé el resuello y miré su copa. Lancé a sus ramas a Longina para después trepar yo a su lado y, acurrucado a aquel hierro, dejarme vencer por el cansancio.

No sé cuánto tiempo estuve durmiendo, solo sé que desperté cuando el sol del mediodía ya mordía con su luz y calor mi cabeza. Abrí los ojos. A pesar de haber dormido al raso, entre las ramas de aquella tosca y áspera encina, rodeado por los mugidos de algunas reses y las escaramuzas de las alimañas, había dormido bien, muy bien. Tuve la sensación de que era la primera vez en mi vida que realmente había dormido a pierna suelta, quizás —pensé— el acero templado de Longina era lo único en esta vida que me podía proteger. Quizás. —otro pensamiento vino a mí— ¿Y si hubiera decidido Dios que vivir entre aquellas faldas no me convenía? Lo desconocía. Solo sabía que el inescrutable camino seguía su trazado ante mí y que no podía deshacer lo andado.

Sea como fuere, ya no estaba en casa y la gusarapa ronroneaba en mis tripas pidiendo manduca. Sin moverme de entre aquellas ramas fui cogiendo las bellotas que me ofrecía el árbol, metiéndomelas con ganas en la boca. Comí bellotas hasta hartarme, algunas de ellas incluso con inquilino dentro, pero poco me preocupaba: a buena hambre no hay pan duro ni gusano desaborido.

Desayunado bajé al suelo, miré a mi izquierda y a mi derecha tratando de situarme, pero la espesura del encinar charro, aún no diezmado y clareado por la Mesta, hacía imposible localizar un punto que me sirviera de referencia. Así que sin pensármelo mucho comencé a andar en la primera dirección que Dios me dio a entender, espoleado por el miedo a que los alguaciles me estuvieran buscando para azotarme, o peor, que el carnicero —si seguía vivo, pues creía que mi estocada había sido mortal de necesidad— diera con mi pellejo y me hiciera picadillo. Y es que los castigos que había presenciado en la picota eran en extremo cruentos. Si ya los corchetes tenían fama de que por alcanzar una gallina eran capaces de quemarte con un hierro al rojo, no se imaginan vuestras mercedes lo que eran capaces de hacerle a alguien por un delito de sangre: fuera joven o viejo, hacho o devoto, sus fustas de cuero y hueso azotaban los cuerpos sin piedad hasta matar. Si el delito tenía una pizca más de enjundia, te tiraban al saco de las culpas donde si no morías de asco morías por pena, que casi era peor. Y si ya el pecado era la muerte, la penitencia sería igual al delito. Por otro lado, cuando pensaba en el carnicero no me reconfortaba lo más mínimo: ¿Y si lo había matado? ¿Y si seguía vivo? Tocado en el orgullo por la mano de un niño y en el culo por su acero, no habría dudado, nada más verme, en servirme en el puesto como troceado de liebre, de rata o mezcla de carnes. Volver a Salamanca no era, de ninguna de las maneras, una opción. Mientras mis gambas deambulaban sin rumbo fijo por la vereda, mi cabeza discurría a dónde ir, qué hacer y cómo sobrevivir; también fantaseaba con aventuras, doncellas, riquezas y castillos. Ahora creo que cuando estas fantasías me abordaban no era sino el modo natural del joven aún

niño, que no quiere ver sufrimientos ni pesares y utiliza su imaginación para disfrazar la cruda realidad.

En estas estaba yo cuando a lo lejos comencé a oír los cristos de un hombre; curioso de mí, me acerqué al foco de aquella voz: por la senda circulaba un carro cargado de brea y tirado por dos bueyes, el arriero azuzaba a las bestias con la ayuda de una agujijada y las retahílas de improperios que salían de su boca. Pegué el cuerpo a tierra y me cubrí un poco con la hojarasca y los arbustos que flanqueaban el camino, pero el ojo entrenado del carretero, preparado para saltar ante cualquier peligro del camino, descubrió mi posición:

—¿Quién va, redíos? —gritó, para soltar a continuación una ringlera, que parecía ensayada, de no menos de treinta exabruptos, maldiciones e insultos—. ¡Que tengo pólvora y balas suficientes para coser a todos los hideputas que se me pongan por delante! —berreó echando el brazo a la trasera del pescante y sacando un trabuco de una onza manchado de salpicones de sangre reseca.

—¡Un niño! —grité saliendo de mi escondite con las manos en alto, temiendo que una bandada de perdigones me carcomiera las carnes.

—¿Un niño? ¡Una jiñada de caballo, un niño! ¡Que ya me conozco todos los trucos de los condes de esta comarca! ¡Gitanos, que sois todos unos gitanos y unos salteadores de caminos! —rugió, apuntándome con el trabuco ceñido al carrillo.

—¡Que no, señor, que no soy gitano, solo soy un niño! ¡Un niño de Salamanca! ¡La villa de los curas y los bachilleres! —respondí, esperanzado de que mi súplica sirviera de ayuda.

—Un niño...—dijo desconfiado a la par que sorprendido—. ¿Y qué hace un niño por estas tierras tan aleja-

das de Salamanca? ¿Qué hace un niño en mitad de este monte tan apartado?

—Venía... venía con mi padre, un buen y piadoso panadero; mi madre, señora casta y honesta, y mis once hermanos de camino a Madrid. Hicimos noche al raso y cuando me desperté ya no estaban. Como somos tantos creo que se olvidaron de mí, no es la primera vez. Apiádese, llevo deambulando por este trozo de Castilla sin encontrarlos desde que ha amanecido, ya hasta las piedras se me antojan todas iguales —improvisé nervioso, tratando de solucionar la situación.

—¿Y para eso necesitas toledana? Eres muy joven para tanto hierro —acertó a decir el perspicaz arriero al percatarse de cómo colgaba Longina de mi tachonada de cuero.

—Ya sabe de sobra usted que estos caminos son traicioneros y que hombre precavido vale por dos o por mil.

Por el gesto de la cara parecía que le había colado una buena bola al arriero. Dudó y me miró de arriba abajo mientras me seguía apuntando con la perdigonera.

—¡Por aquí no se va a Madrid, por aquí se va a Sevilla! —detalló estirando el cuello.

—¿A Sevilla? —dije al tiempo que recordaba la cara hundida y cercenada de Guzmán.

—A Sevilla, donde tú perdiste la silla —contestó afinando el caño para enfilarme mejor.

—¿Usted no...? —empecé a proponer, acercándome al carro con las manos en alto con la esperanza de que me llevase consigo.

—No, yo no cojo pasajeros. ¡Y no avances un paso más o te reviento el gañote de un tiro! —Desconfiado, pensando que aquello sería un ardid para tenderle un camodamiento, miró a su alrededor ciñendo con fuerza

el arma contra su cuerpo. Retrocedí, despacio, el paso que había ganado.

—¡Vete, sabandija! Tus palabras apestan a pataratas y farsas. ¡Que ya me conozco yo todos los cuentos de los tuyos, todos sois cortados por el mismo patrón! —carraspeó fuerte y escupió una buena onza—. Vete por donde has venido y como intuya que te giras o bajas los rastrillos, te lleno el espinazo de pelotas de plomo —dijo azuzándome con el arma para que me fuera. Me di la vuelta y con las manos en alto comencé a caminar alejándome del arriero. Fueron muchos pasos los que tuve que dar hasta que a mis espaldas sentí de nuevo el restallar de la vara despabilando a las bestias para retomar la marcha. Bajé las manos y con la siniestra apoyada en el pomo de Longina comencé a hacer camino andando con toda mi baladronería, orgulloso y con la cabeza alta; que no se dijera que por ser niño no fuera jaque.

La voluntad de Nuestro Señor había querido situarme de camino a Sevilla y aquello, sin duda, era la confirmación inequívoca de lo que debía hacer: ir al encuentro de Guzmán, aquel viejo desfigurado y amigo de mi padre que seguro que me acogería, o eso al menos me ilusionaba pensar. Lo que no me podía imaginar era que el camino hasta llegar a su presencia fuera tan tortuoso; a cada paso perdía un poco más de bravura: el caminar descalzo, pisando guijarros, chinás, ramas y terrones, hizo que mis pies se acabaran resintiendo. No habría caminado más de medio día y ya una gran llaga había crecido en mi pie derecho, obligándome a sentarme en una piedra. Me limpié la herida con un girón de mi camisa y froté mi pezuña tratando de recuperar la sensibilidad. Miré atrás: había venido arrastrando a Longina y esta había partido en dos el camino. Esbocé una sonrisa y recordé las palabras de Don Francisco Pizarro cuando,

sobrepasado por las embestidas de los indios y las desavenencias del viaje, tomó su espada, marcó con ella la tierra y dio a sus hombres a elegir: «Por este lado se va a Panamá, a ser pobres, por este otro al Perú, a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere».

Animado por las palabras de Pizarro, tomé otro girón y me lo anudé al pie para evitar que se me gangrenase. Apreté el nudo todo lo que pude, no quería perder más tiempo de camino. Remendado seguí marchando hasta que la Divina Providencia tuvo a bien poner en mi camino un arroyuelo para solazarme. Al oír el murmullo del agua me lancé ansioso a beber hasta hartarme, sumergir la cabeza y poner mis pies a remojo. El agua de la sierra, que corría fría como el hielo, me alivió las llagas. Después lavé y me froté las piernas para desentumecerlas y vi que las tenía llenas de picaduras de tábanos; había estado tan obcecado en mi empresa que los animales me comían como sopones y yo ni me enteraba. Mi cuerpo recobró vida y las tripas volvieron a berrear. Desesperado miré por los alrededores buscando unas bellotas o unas bayas que pudiera zampar; entre las plantas que crecían en las orillas del riachuelo creí reconocer una que el maestro Villarroel me había dicho que se podía yantar; usando a Longina como hoz la segué. Por precaución de que no habitase en ella algún bicho que me pudiera dañar, la aclaré con el agua del arroyo y le quité la tierra que tenía. Sin pensarlo dos veces me la empecé a echar para el colete con mucha hambre y muchos bocados de asco, pues su sabor era amargo como la hiel. Estaba rancia y desaborida pero al menos me quitaría la gusa.

Comido y bebido volví a emprender la jornada, pero al poco un fuerte gorgoreo me revolvió las tripas, obligándome a ciscar en mitad del camino. La planta debía de

ser venenosa o estaba mala, era la primera vez en mi vida que tenía tantas ganas de obrar. Además, el ojo del culo me ardía como si estuviera pariendo por él al mismísimo Belcebú. Debilitado por los retortijones decidí hacer un alto en el camino para intentar recuperar fuerzas y me cobijé entre unos matorrales. El cansancio me provocó un profundo sueño; apenas era por la tarde cuando me tumbé y no me desperté hasta el clarear del día siguiente. Soñé que me volvía a encontrar con mi padre y que me abrazaba con fuerza mientras me juraba que nunca más se iría. Este sueño no hizo más que espolearme a seguir mi camino en busca de Guzmán. Tras la experiencia de mierda con lo comido me armé de valor y me propuse temerariamente no parar más que para dormir, y eso si se terciaba. Me animaba recordando los libros de caballerías que me daba a leer el bachiller Villarroel: en uno de ellos se relataba cómo un caballero, motivado por el amor que sentía por una doncella, aguantó largo tiempo penurias y angustias que incluían la privación de agua y comida. «¿Cómo, llamándome Aníbal y de apellido Rosanegra, voy a ser yo menos que un viejo caballero?» pensaba, envalentonado en mi fantasía caballeresca. También pensaba en Jesucristo, Nuestro Señor, hijo de Dios, y en cómo se las tuvo que ver de canutas para pasar cuarenta días y cuarenta noches en el desierto sin comer ni piar.

Llegó la noche y esta fue menos halagüeña para mis ilusiones. Intenté trepar a una encina para pegar la oreja pero, debilitado por el ayuno, y por haber expulsado tanto alimento de mis entrañas, fui incapaz de asirme a una sola rama de lo quebrantado que estaba. Hecho un ovillo, aferrado a Longina, dormí a la vera del tronco mientras sentía cómo los insectos trepaban por mis piernas.

El despuntar de la mañana me despertó y volví a andar el camino. Cuando el sol estaba en lo más alto, y yo ya

no andaba, sino que arrastraba los pies. De repente vi cómo una víbora se cobijaba entre los matorrales que se repartían a ambos lados del camino; con las pocas fuerzas que me quedaban desenvainé a Longina buscando hacer mi segunda sangre «¡Hija del demonio!» Le grité a la bicha, apartando con Longina la maleza que la cubría para asestarle un buen tajo: si la mataba habría librado a algún desventurado caminante de su mordida y de paso su carne sería alimento reconstituyente, pensé; pero la viperina era rápida; apenas aparté su cobertura se lanzó, encontrando mi mano. Chillé y maldije. La bandida me había hincado bien los colmillos y noté cómo su ponzoña empezaba a correr rápidamente por mis venas; instintivamente agité mi brazo para que se soltase; salió volando y cayó en mitad del camino para reptar con celeridad a esconderse entre otros arbustos y quizás pillar desprevenido a otro viajero. Lo único que recuerdo después de la mordida es un gran mareo y un fuerte desasosiego por todo mi cuerpo, como si estuviera poseído. El veneno corría libre por mi cuerpo consumido por el hambre y el agotamiento. Me había envenenado hasta los ojos. Vencido me derrumbé, dándome un doloroso barquinazo.

Ignoro el tiempo que pasé tirado en el camino: puede que media jornada, puede que días enteros. No recuerdo ni la oscuridad de la noche ni el calor del día, solo recuerdo el despertar: un paño húmedo que olía a bosta de preso y sudores de gurapas me enjugaba la frente con pequeños toques; sentía la boca seca, como si hubiera comido tierra; las piernas me ardían y la cabeza se quería separar de mi cuerpo. Un cuerpo, el mío, que sentía inflamado y tremendamente dolorido. Pensé que mis dolores eran lo más parecido a cuando los infieles se quejaban de que el inquisidor les había torturado moliéndoles los huesos por vejar a tal o cual santo. Entreabrí los ojos y

vi a una vieja fea y arrugada como el estómago de una vaca dado la vuelta. Parecía saludadora o bruja, pues de su cuello colgaban cruces de plata y amuletos extraños que fui incapaz de reconocer. Vestía ropajes negros como boca de lobo; su cara estaba llena de verrugas velludas, tenía la soniente acampanada y su tez era morena, casi de gitana pordiosera. La mujer me frotaba indistintamente cara y piernas con el mismo paño mugriento para, de vez en cuando, humedecerlo en un cuenco de barro que contenía un brebaje apestoso. Alcé la vista y detrás de ella vi a Guzmán mirándome con gesto distraído a la vez que curioso, atusándose los bigotes sin dejar de vigilar-me con lo que le quedaba del ojo bueno.

—Menos mal que te he encontrado a tiempo, un pelo más y ahora estábamos de entierro —habló al advertir que volvía a menearme.

—¿Dónde estoy? —pregunté en un murmullo tan bajo que dudé de que hubiera sido oído.

—En casa de Iría, la curandera del poblado —respondió posando su mano en el hombro de la anciana—; gracias a su habilidad para sacar ponzoñas ha podido salvarte el pellejo sin tener que amputarte el brazo, ¡toda una suerte! —sonrió Guzmán con su boca desdentada.

—Esta mordida nunca sanará, la bicha le llenó *o sangue* de ponzoña. ¡Putas *figas*! El rapaz *já leva* el espíritu envenenado para *tuda a vida*. Espero que *não lhe tuerza o fadário* —murmuró Iría con ronca y desagradable voz cargada de desprecio, sin dejar de enjugarme la frente con el paño. De repente se detuvo y se acercó para examinarme los ojos con interés.

—*Tem olhos de raposeiro*, profundos, como queriendo rugir, *podería ter bom futuro*, lástima que... —la vieja se calló, pensativa— *há coisas que é melhor não adivinhar*.

—¿Has oído eso, pequeño Aníbal? Ahora también eres

parte víbora, parte hombre —apuntó Guzmán alzando los mechones de pelo que tenía por cejas.

Nervioso me incorporé, buscando a Longina con los ojos.

—¿Has perdido algo? —preguntó socarrón, devolviéndome mi tajadora. La tomé y me abracé a ella—. Como te digo, niño, has tenido suerte: ese camino solo lo cruzan bandoleros, forzados y demás gentalla. ¿Se puede saber adónde ibas, alma de cántaro? Estás muy lejos de tu casa... y de tu madre —remató con pesar.

Le miré con aflicción y murmuré, tragando saliva y rezando para que no me entregasen:

—He matado a un hombre.

—*Não levanta uma polegada del suelo e já é assassino. Nunca leo mal os olhos* —refunfuñó arisca la vieja.

—¿Cómo que has matado a un hombre? ¿Tú? —preguntó incrédulo Guzmán.

—Al carnicero, el que nos vendía los despojos en el mercado. Era de noche y oí ruidos en la alcoba de mi madre y fui a ver qué pasaba. Lo encontré encima de ella haciendo así —Imité sus perezosos movimientos agitándome arriba y abajo—, tomé a Longina y de una punzada le cosí el buz al malnacido carnicero, creo que lo he matado.

La vieja y Guzmán cruzaron una mirada de reojo. Su silencio tenía más palabras que el Quijote.

—Claro... —rompió Guzmán el silencio—. Por eso te has ido de casa.

—Entienda que no puedo volver a Salamanca: si regreso y el carnicero está muerto, los alguaciles me ejecutarán... y si el carnicero está vivo será él, personalmente, quien lo haga; sea como sea, si vuelvo, mi madre... llorará... —supliqué tomando la manga de su harapienta

camisa. Guzmán, al pillar que quería atarme a su lado, zarandeó el brazo para que me soltase.

—¡No, no y mil veces no! —dijo firme.

—Se lo debe a mi padre —salté yo y aún hoy no sé por qué dije eso. Lo suyo hubiera sido que suplicase, que llorase, que le implorase ir con él, pues era lo que yo ansiaba. Mucho he reflexionado sobre aquellas palabras, llegando siempre a la misma conclusión: salieron de mi boca por lo que los místicos dan en llamar la inspiración divina.

—¡Tú quieres morir... tú quieres morir! ¡Esto ni entre luteranos se dice! —Guzmán reaccionó con violencia, jurando a los doctrinales y abalanzándose sobre mí mientras me descargaba una lluvia de tortas y zarandeos.

—*Deixa-o em paz*, que casi lo perdemos; *morto não* servirá ni para tirar *do arado*! —Se entrometió la hechicera, quitándome al viejo de encima como buenamente pudo.

—¿Qué has dicho, tajamoco? ¿Qué demonio te ha contado eso? ¡Habla, por los clavos de Cristo! ¡Habla ahora o ni alguaciles ni carniceros: seré yo mismo quien te lleve ante la justicia! —dijo Guzmán mientras un hilo de baba le caía por la comisura de los labios.

—No sé si seré demonio, pero es lo que he dicho —me reafirmé, asiendo el puño de Longina.

—*O cozimento* que *the dei* para sacar el veneno es fuerte *demais*. *Talvez o fez ver coisas...* —murmuró la hechicera oliendo el cuenco.

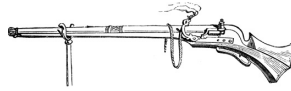
El silencio se hizo de nuevo en la estancia. Guzmán, rabioso, no me quitaba ojo mientras resoplaba. La vieja nos miró y dijo: «Aquí sobro»; se levantó, recogió sus enseres y salió de la cuadra donde nos encontrábamos acompañada del tintinear de sus colgantes.

—¿Qué pasó en Rande? —le pregunté a Guzmán.

—Eso es lo que quería contarle a tu madre, pero

no quiso escucharme —dijo sosegándose y mirando a Longina.

—Yo tengo buenas campanas —repuse serio. Guzmán me miró, tragó saliva, se acercó al banquillo que había usado la bruja, tomó asiento y comenzó a hablar.



—Todo empezó y terminó en la batalla de las Dunas, en un sitio cuyo nombre ni los que allí viven saben pronunciar bien; tu padre y yo éramos dos niños tontos, alocados, ilusos... —empezó a relatar, perdiendo la mirada en lo que le quedaba de sus ojos— solo queríamos hacer fortuna. Veíamos a los hidalgos y caballeros que volvían de las guerras de Castilla con el espíritu lleno de valor y la bolsa repleta de oro; pero por mucho que pasasen ante nosotros nunca veíamos sus muñones, o las cicatrices, o esas otras llagas que se llevan en el alma y solo se notan cuando el vino ha corrido en exceso. Logramos con garatusas que un reclutador nos alistase —pues no dábamos ni la edad ni la talla— al servicio de varios arcabuceros del Tercio de Flandes. Así tu padre pasó a servir, junto con el que habla, en una de las muchas escuadras de mochileros de Flandes. El trabajo era sencillo, todo lo sencillo que puede ser estar en primera línea de combate viendo muerte, comiendo desperdicios, pasando frío, enfermando y padeciendo: consistía en cargar un gran saco a la espalda llevando dentro todo lo que tanto el señor arcabucero como sus compañeros y uno mismo pudiera necesitar: ropa, pólvora, munición, provisiones, enseres y, cómo no, el botín resultante del pillaje. Parece poca cosa, total, solo es ir cargado como una

mula —decía mirando de reojo su cesto de mimbre—, pero cuando alrededor de esa mula no dejan de llover los balazos, la cosa cambia y esos herejes no dan tregua —sonrió— y bueno, nosotros tampoco les dimos respiro.

»En mayo de 1658 los ingleses y los gabachos sitiaron Dunquerque, mal defendida por contadas tropas al mando del marqués de Leide quien, viéndose superado, pidió ayuda a Flandes. Y respondimos, como no podía ser de otra manera: quince mil hombres, pocas bestias, menos cañones, espadas oxidadas y con víveres escasos, pero fuimos en ayuda de la plaza sitiada. Alcanzamos Dunquerque el día de San Antonio: cansados, andrajosos y muertos de hambre. La gazuza era tan atroz que llegamos a plantearnos comernos a los muertos y te juro que más de un cadáver vi con marcas de mordisco humano. Al día siguiente de nuestra llegada comenzó la batalla. La cosa fue rápida, apenas hicieron falta un par de horas para que nos despojaran de la vida y de la dignidad. Más de seis mil españoles se quedaron a abonar el terreno con sus huesos. Los que quedamos enteros volvimos a casa con la cabeza baja, rechinando los dientes de rabia y más pobres aún que antes de irnos a hacer fortuna.

»Al volver a España le dije a tu padre que nos enroláramos en los barcos que hacían la ruta de las Indias. Sus cargamentos, exóticos y valiosos, necesitaban de hábiles manos que a hierro y fuego los defendieran de corsarios y piratas. Tu padre no aceptó la invitación, me dijo que ya se había cansado de ver muerte y desolación y que se quedaría en España a vivir de lo que saliese, que prefería pasar hambre a perder las piernas. Fue una lástima, el Rosanegra tenía un don natural para manejar el hierro, la pistola parecía una prolongación de su brazo y su valor no conocía límites...—hizo una pausa desconsolado, recordando con dolor a mi padre. Carraspeó y siguió con el relato.